

EL MOTÍN

Año XXXVII

Madrid, Jueves 19 de Julio de 1917.

Número 29.

EL MOTÍN
PERIODICO SEMANAL
CON 8 PAGINAS Y CARICATURAS
Se publica los Jueves

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho á recibir cuanto se publique en esta casa, con el 25 por 100 de rebaja.

Ultimo botón de muestra

Hace dos números díme á conoce como autor inimitable en el género cómico teatral, y en el anterior como dramaturgo formidable. Voy en éste á exhibirme como especialista insuperable en obras de movimiento y enredo, dando á la estampa el juguete titulado *Pequeñeces*, estrenado en el Teatro Martín en 1874.

Y juro por la virginidad de las once mil no publicar ninguna otra de mis obras maestras. Para muestra bastan esos tres botones, uno de cada género, como sobran para acreditarme de irreemplazable propagandista anticlerical estas tres joyas impresas hace años: *Dios, Patria y Rey*, *Ojo al Cristol*, *Y dice el sexto mandamiento*. De lo bueno, poco, para que no se afine tanto el buen gusto artístico, que nos lleve á despreciar lo mediano, que es lo que abunda, lo mismo en la Naturaleza que en la Humanidad.

A la tentación que no resistiré probablemente, es á la de hablar de dos dramas que escribí y no se representaron; uno en 1875, titulado *La primera prueba*, en un acto, y otro en 1880, *El mayor castigo*, en tres, ambos en verso.

Y después de hablar de ellos, proseguiré sin descanso la admirable y trascendental labor encaminada á moralizar al clero, renunciando á hacer públicos mis demás grandiosos triunfos teatrales, seguro de que la posteridad se encargará de hacerlo.

Para cuando esa hora suene en el reloj de la Inmortalidad, me permito rogar á los eminentes críticos que se encarguen de soplar en la trompeta de la Fama que ha de difundir por todo el Orbe mi gloria, que tengan en cuenta el hecho siguiente, á fin de hacerme completa justicia.

Acordaron varios cómicos de baja extracción formar una Compañía, no de la legión, del kilómetro, para recorrer algunos pueblos, impulsados por la dura y la perniciosa ley de la necesidad. De como

serían, dará idea este detalle: el tenor señaló un sueldo de dos pesetas diarias.

Trabajaron en unas cuantas localidades cosechando más silbidos que pesetas, hasta que llegaron á una donde se armó un escándalo mayúsculo al atacar el tenor las primeras notas de un aria.

«¡Qué voz es esa! ¡Valiente chicharra! ¡Vaya un grajo! ¡Que nos devuelvan el dinerol!» Estos y parecidos piropos se escuchaban.

El conflicto era tremendo para aquellas pobres gentes: lo de la vuelta del dinero las preocupaba sobre todo. «¿Qué iban á comer al otro día?»

En esto el increpado, con ese valor que en las situaciones difíciles inspira el miedo, adelantóse audazmente hasta las candilejas, y aprovechando un momento en que los silbidos eran menos estruendosos, exclamó:

«Respetables señores: Tienen ustedes razón al protestar de mi voz. Pero adviertan que es una voz de dos pesetas.»

Aquel arranque salvó la situación. El público soltó la carcajada, transformó en simpatía su enojo, y la Compañía dió en aquel pueblo tres ó cuatro representaciones más, siendo muy aplaudida y obsequiada.

Esta es la justicia que yo deseara que la posteridad me hiciese, al juzgar las obras que *currelé* antaño con el sólo propósito de agenciarme *quinque reales* por representación.

¡Qué tiempos aquellos!

¡Ya no volverán!

Afortunadamente para cuantos se dedican á escribir *pane lucrando* piecicillas teatrales al menudeo.

JOSÉ NAKENS

PEQUEÑECES

JUGUETE CÓMICO
EN UN ACTO Y EN VERSO

ACTO UNICO

Sala decentemente amueblada. Puerta al foro y dos laterales á derecha é izquierda. Derecha del espectador.

ESCENA PRIMERA

JUANITA, saliendo por el foro.

Jta. Aquí está la carta. Ha sido demasiado atrevimiento; ¡por debajo de la puerta echarla él mismo! Veremos lo que dice: «Señorita: Laamo á usted.» ¡Tiene talento! «Y si se dignase hoy mismo corresponder á mi afecto, me haría feliz. Suyo, etcétera, Cándido de Montenegro.» No se anda éste por las ramas; se va al punto sin rodeos. Así me gusta. «Patata;

Si usted no puede al momento contestarme, asómese al balcón. Si no la veo es señal de que no admite el cariño que le ofrezco.» Me agrada por lo lacónica la declaración. No es feo, y viste bien. Sin embargo, no sé si debo ó no debo... Y se comprende. Este es el primer novio que tengo. Voy á decirle que sí. La educación...

(Se dirige al gabinete, primer término lateral izquierda.)

ESCENA II

JUANITA. JUANA, que sale de su gabinete, segundo término lateral derecha.

Jna. (Es un buen medio.)

¡Juanita!...

Jta. ¡Ah!

Jna. ¿Qué te pasa?

Jta. Que me he asustado.

Jna. Los nervios.

Jta. ¡Qué oportunidad!

Jna. Yo voy

á salir, y mientras vuelvo podías ir á que Dolores, esa amiga del tercero, te peinase.

Jta. ¿Para qué, si queda bastante tiempo?

Jna. No queda. Son ya las once y á las doce es el almuerzo. (Si consigo que se vaya, con cualquier motivo al jo á Juan, y puede venir sin cuidado el otro.)

Jta. Pero...

Jna. No hay pero que valga.

Jta. Mas...

Jna. Ya sabes que no consiento que me repliquen.

Jta. Es que...

Jna. Ni tú ni nadie.

Jta. (El tercero es interior, y de allí hacerle señas no puedo.)

Jna. ¿Qué dices?

Jta. Na'la.

Jna. Creía que rezabas.

Jta. Ni por pienso.

Jna. Las niñas bien educadas son obedientes.

ESCENA III

DICHOS, JUAN saliendo de su gabinete, segundo término lateral izquierda.

Juan ¿Qué es esto?

Jna. Nada.

Juan ¿Qué pasa, Juanita?
 Jna. Lo que no te importa.
 Juan Veo que ni en este día solemne renuncias á ese mal genio que has echado.
 Jna. Dale alas, dale alas á ese muñeco.
 Juan ¿A que va á venir la otra y se descubre el enredo?
 Vamos, ¿qué pasa, Juanita?
 Jta. Que mamá quiere...
 Jna. ¡Silencio!
 Juan Pero mujer...
 Jna. Y á ti nadie te da vela en este entierro. ¡No faltaba más! Te he dicho que la chica del tercero te peine, y ya estás andando, es decir, ya estás subiendo Y á ver si cuando yo vuelva estás así.
 Juan ¿Según eso, tú vas á salir?
 Jna. ¿Y qué?
 Juan Nada, mujer. Yo no intento detenerte. (Esta salida favorece mi proyecto.)
 (A Juanita). Tiene razón tu mamá; ve á que te peine corriendo esa amiguita; hoy es día muy ocupado, y tenemos que ayudarnos. Además tu madre así lo ha dispuesto, y las niñas bien criadas guardan el mayor respeto á sus padres, y obedecen ciegamente sus preceptos. Los padres son en la tierra imagen del Ser Supremo á quien debemos la vida, y hasta el cuarto mandamiento dispone honrarlos. Así, sube al instante al tercero, y cuando tu madre vuelva te dará en la frente un beso por obediente, por buena, y por hermosa.
 Jta. Obedezco
 Juan Bien, chiquitina.
 Jna. Y ahora tú vas á ver si está hecho el ramo.
 Juan ¡Yo!
 Jua. Tú.
 Juan ¿Por qué no vas tú?
 Jna. Porque no quiero.
 Jta. (Qué impaciente estará Cándido.)
 Juan (Si la otra llegara...)
 Jna. Tengo que ir á otra parte.
 Juan Lo mismo me pasa á mí.
 Jna. (No hay remedio. Haré que salgamos todos y después...) Ea, acabemos. Tú arriba; tú donde quieras, y yo también. (Abro y cierro la puerta y me quedo en casa.)
 Juan (Es lo mejor, sí. Me acerco á la puerta, finjo abrir y cerrar, y quedo dentro.)
 Jta. Como usted guste. (Entretanto que los dos se arreglan, llego

á la puerta, salir finjo y en mi gabinete entro.)
 Juan Andando.
 Jna. Pero no salgas conmigo.
 Juan ¡Yo! Ni lo pienso.
 Cada uno por su lado.
 Jta. Hasta después.
 Juan Hasta luego.
 (Vase Juanita por el foro.)

ESCENA IV

JUANA.—JUAN

Jna. Que otra vez no se te ocurra meterte en asuntos nuestros.
 Juan Es que no sabes tratar á la muchacha.
 Jna. Me alegro
 Juan Tú no te conoces: tienes el más endiablado genio que he visto, y es necesario saber que tu fondo es bueno para snfrirte.
 Jna. Bien, bien...
 Juan Si das con otro, el infierno fuera esta casa.
 Jna. ¡Qué posma!
 Si ahora llamase el que espero...
 Juan Sólo yo que soy tan manso, quiero decir, tan borrego, tan Juan, en una palabra...
 Jna. ¡Tonto!
 Juan ¡Inocente!
 (Se oye abrir y cerrar la puerta.)
 Jna. ¿Qué es eso?
 Juan Juanita que habrá salido.
 Jna. ¡No cierra con poco fuero!
 Juan ¡Empezamos otra vez?
 Jn. Lo que importa es que acabemos Voy á echarme el velo.
 Juan Y yo voy á ponerme el sombrero.
 (Entra cada uno en su habitación.)

ESCENA V

JUANITA. A poco JUAN, después JUANA

Jta. Bien me ha salido la trampa. Ahora mientras salen ellos me asomaré, y le haré señas de que... de que... que le quiero.
 (Entra primer témino izquierda.)
 Juan Todavía no ha salido: daré un portazo tremendo y me esconderé en el cuarto donde están los trastos viejos hasta que ella salga. Soy lo más tunante...
 (Sale por el foro y á poco suena un portazo.)
 Jna. Ya creo que se ha marchado. No obstante, haré como que abro y cierro, y al comedor, que de allí se ve la plazuela, y puedo verle llegar. ¡Pobre Juan! No sospecha nada de esto. Es muy bueno.
 (Sale y suena un portazo después.)
 Juan (Saliendo.) Ya estoy solo. ¡Lo que es el tener talento! ¡Pobre Juana! ¡Si supiera lo que preparo! Veremos cómo salimos. Me gusta

hacer con cierto misterio estas cosas; separarme de lo vulgar. Voy corriendo á ver tras de los cristales si viene ya la que espero: mi cómplice.
 (Entra en su habitación.)

ESCENA VI

JUANITA saliendo de la habitación donde estaba y dirigiéndose al foro. Después CÁNIDO.

Jta. ¡Pues no sube! Ha creído que la señal el sí, era llamarle. y... Vamos, no sé qué hacer... ¡Si será atrevido! ¡Oh! Y si llama se enterará la vecindad. Voy á abrir para decirle que se vaya sin tardar.
 (Sale un momento y vuelve con Cándido.)
 ¡Caballero!...
 Cánd. ¡Señorita!...
 Sírvase usted dispensar mi atrevimiento. Creí que me llamaba, y...
 Jta. No tal.
 Hágame usted el favor de marcharse.
 Cánd. No será, ya que la suerte ha querido que nos podamos hablar, sin decirle que la amo, y que es usted mi ideal desde que ayer hizo un mes en la calle de Alcalá contemplé por vez primera ese rostro angelical; que desde entonces no duermo, ni puedo vivir en paz, ni como gota de agua ni bebo miga de pan.
 Jta. ¡Y habla bien!
 Cánd. Que desde entonces la he seguido sin cesar á todas partes.
 Jta. (Es cierto.)
 Cánd. Y celoso guardián del tesoro de sus gracias, he pasado en el portal de enfrente, muchas más horas que en casa de mis papás; que seré si usted me ama el más dichoso mortal, y si no el más desdichado que ha existido desde Adán.
 Jta. ¡Pero por Dios!...
 Cánd. Mi sentencia aguardo. ¿Me ama usted?
 Jta. ¡Ah!
 Cánd. Ese suspiro... ¿Me amas?
 Jta. Contesta.
 Jta. ¿A qué preguntar lo que se ve?
 Cánd. (Besando el mano.) ¡Oh que delicia! ¡Oh qué placer!
 Jta. ¡Ay! ¿Qué estás haciendo?
 Cánd. No me preguntes lo que ves.
 Jta. ¡Oh! Basta ya.
 Cánd. ¿Con que me querías?
 Jta. Mucho.
 ¿Y tú á mí?

Cánd. No soy capaz de explicarte la grandeza de mi pasión sin igual, pero prometo ser tuyo desde hoy por siempre jamás.

Jta. Amén. ¡Jesús! Alguien llega...

Cánd. No temas.

Jta. ¡Calla!... ¡San Juan, mi santo, me valga!

Cánd. Aquí me cielo, y aguardo ¿estás? á que me saques,

(Gabinete de Juanita.)

Jta. ¡Dios mío!

¿Qué es lo que aquí va á pasar? (Entra en el gabinete primer término izquierda.)

ESCENA VII

JUAN. A poco TOMASA

Juan (Sale de su gabinete y se dirige al foro.)

¡Ya sube!

(Vuelve á entrar con Tomasa.)

Tsa. Muy buenos días tenga usted, señor don Juan. Me alegraré que los pase con toda felicidad en unión de la señora y niña en particular, y de los demás parientes y amigos en general.

Juan Muchas gracias, Tomasita, y que usted lo vea. ¿Está el vestido rematado?

Tsa. Y á satisfacción.

Juan ¿Qué tal?

¡Un vestido de moaré con adornos de agremán! ¡No va á ser mala sorpresa! ¿Qué emoción le va á causar el misterio del regalo, la forma y la calidad!

(Se oye ruido.)

Ese ruido... ¿Si Juana habrá regresado ya?... Tomasita, coja usted el lio y escóndase aquí...

Tsa. ¡Don Juan!...

Juan ¡Pronto!

Tsa. ¿Pero hacemos algo que no sea regular?

Juan Es que quiero sorprenderla.

Tsa. Entonces... Mas no será por mucho tiempo.

Juan Por poco.

Entre usted.

(Entra en el gabinete de Juan.)

Voy á observar desde el comedor. (Foro.)

ESCENA VIII

JUANA Y TOMAS

Jna. Adentro, adentro, joven Tomás.

Tmás Tenga usted muy buenos días y mucha felicidad en unión del señorito y niña en particular, y de los demás parientes y amigos en general.

Jna Gracias.

Tmás Aquí está la bata.

Jna. Está bien hecha. ¿Qué tal?

¡Una bata de merino con forros de tafetán! No va á ser mala sorpresa. ¡Qué emoción le va á causar el misterio del regalo, la forma y la calidad! (Ruido)

¿Será mi esposo que vuelve? Si la ve... Venga usted acá, entre en ese cuarto y calle, porque no quiero...

Tmás ¿Y qué mal hacemos?

Jna. Ninguno, pero mi esposo no sabe el plan que trazo, y si ve la bata... Procuraré aprovechar el primer descuido...

Tmás. Bien, no tarde usted.

(Entra Tomás en la habitación de Juana.)

ESCENA IX

JUANA, luego JUANITA.

Jna. ¡Ay qué afán!

¿Pero quién habrá causado el ruido?

Jta. (Saliendo.) ¡Mi mamá!

¿Cómo habrá entrado?

Jna. ¡Juanita!

(¿Habrá visto?... ¿Sin peinar todavía? (Mas, ¿por dónde ha venido?) Usted está buscando un disgusto.

Jta. Yo...

Jna. Le dije á usted al marchar que se peinase, y la encuentro como la dejé.

Jta. Mamá,

Dolores no estaba en casa cuando fui.

Jna. Eso no es verdad.

Disculpas que busca usted para no complimentar mis órdenes. Le aseguro que ha de pesarle, por más que no tiene usted la culpa, si no yo, por la bondad con que siempre la he tratado. Ya se puede usted encerrar en su gabinete.

Jta. No...

di-pénseme usted...

Jna. ¡San Juan,

mi santo, me valga! ¡Cómo!

¿Se atreve usted ni á pensar desobedecerme? Adentro.

Jta. No es posible.

Jna. A mí me va á dar algo. ¿No es posible?

¡Repítelo, lenguaraz, repítelo!

Jta. Si se empeña usted en hacerme entrar en mi gabinete, luego no diga usted...

Jna. Entrarás mal que te pese.

ESCENA X

DICHOS, JUAN asomándose al foro.

Juan (¿Por dónde

han podido penetrar?... No adivino...

Jna. ¡Ah! (¿Pero cuándo y por dónde ha entrado Juan?)

Juan (¿Se habrán notado?... ¿Qué es esto?)

Jna. Nada, nada, que ésta...

Juan ¡Bah!

(Y ahora, ¿cómo me arreglo?)

Jna. (¿Cómo me voy á arreglar?)

Jta. (¿Cuándo sale?)

Jna. ¿Qué te he dicho?

Juan Vamos, no le riñas más.

Jna. ¿Que no la riña? Ahí la tienes con la falda de percal y los tufos descompuestos el día de sus papás.

¡Ay, qué poco se parece á las chicas de Aguamar, tan repeinadas, tan limpias, tan perifolladas, tan!...

Por eso tienen partido, mientras ella... ¿Y qué dirás que ha contestado, al mandarle que se peine?

Jta. Yo, papá...

Jna. Cállese usted, deslenguada, ó se va usted á acordar del día de su santo.

Juan Vamos,

no volváis, por caridad, á las andadas.

Jna. Pues dice

que no le acomoda entrar en su gabinete.

Juan ¿Es cierto?

Jta. Sí, señor.

Jna. ¿Ves! ¿Quieres más?

Juan Pequeñeces. ¿Tiene eso algo de particular?

Jna. Eso le faltaba.

Juan Anda

á ver si el almuerzo está.

(Sale Juanita por el foro.)

ESCENA XI

JUANA.—JUAN

Juan ¡Qué genio! Por cualquier cosa armas una tempestad. La niña está acoquinada, no se atreve á respirar y tú riñe que te riñe y dale que le darás. Así nunca tiene gusto para nada.

Jna Es natural,

y si tú la apoyas, menos.

Juan ¿Qué tengo de hacer?

Jna. Callar,

ó ponerte de mi lado si no sirves para más.

Hay que espavilar la chica, pícarle la vanidad, á ver si pierde ese aire de monja boba que está viendo visiones; los años se pasan, y has de contar que á la fecha no ha tenido un mal noviazgo, ni un mal pretendiente que le diga buenos ojos tienes.

Juan Ya

los tendrá, no te incomodes y deja á la chica en paz, que no por reñirle mucho

ha de espavilarse más.
Jna. No me choca ese lenguaje, por algo te llamas Juan. Pero esto me importa poco; para mí lo principal es que me obedezca siempre y en todo sin replicar, pues si vuelve á suceder lo de hoy...
Juan ¡Pesch! Sucederá veinte veces. Lo primero para hacerse respetar, es no mandar tonterías; abusos de autoridad que se dice vulgarmente. Si ahora te mandase entrar yo en tu gabinete...
Jna. ¿A mí? (Si acaso sospechará...) No entraría.
Juan ¿Lo estás viendo?
Jna. Pero el caso no es igual. Yo puedo tener razones...
Juan ¿Cuándo la podré sacar?
Jna. Pero hablando de otra cosa: ¿has convidado á Ferraz?
Juan No que no.
Jna. ¿Y á Nicomedes?
Juan No sé qué le pasará. Hace unos días que falta del café.
Jna. ¿Por qué no vas á su casa? ¿A qué has salido?
Juan Te diré. He salido á... ¿Y tú?
Jna. He salido... ¿Y á ti qué te viene ni te va?
Juan Lllaman.
Jna. Abre. (Si le Juan f. ro.) Si pudiese la ocasión aprovechar... Estará el pobre cansado de esperarme. (Va á dirigirse á su habitación, cuando entran Juan y Nicomedes.)

ESCENA XII

JUANA, JUAN, NICOMEDES

Juan ¿Ja, ja, ja! En nombrando al ruin de Roma... También es casualidad: en este mismo momento iba á salirte á buscar. ¡Si suceden unas cosas!...
Nic. ¿Hay nada más natural?
Jna. Aquí lo tienes. Se digna nuestra pobre choza honrar. ¡Señora!...
Jna. Si no lo hiciera faltaría á la amistad que le profesamos.
Nic. Nunca
Jna. Se quedará usted á almorzar y á comer.
Nic. A eso he venido. ¿Y Juanita?
Jna. Adentro está.
Juan ¿El almuerzo estará pronto?
Jna. Pronto, sí.
Juan Pues no tardar, que éste tiene ya ganillas. de hincarle el diente.
Nic. No tal.
Juan Antes de quince minutos á la mesa. (Esa, ¿qué hará?)

ESCENA XIII

JUAN Y NICOMEDES

Nic. En poco ha estado el venir.
Juan Pues si llegas á faltar me resiento. En este día tan señalado...
Nic. ¡Qué Juan!
Siempre lo mismo: fijándose en pequeñeces.
Juan No estás en lo cierto. ¿Pequeñeces exigirle á la amistad que comparta con nosotros el placer? ¡Blasfemia igual!...
Nic. ¡Hombre, no! Pero yo creo que no se le debe dar importancia á ciertas cosas.
Juan Vamos, ¿á que empiezas ya como siempre?
Nic. No. Tú sabes que soy un loco de atar, que soy algo independiente, que soy algo original. que olvido los cumplimientos, en fin, que no sé tratar las gentes según ordena el frío ceremonial de la etiqueta, ¡qué diantre! pero también sabes, Juan, que me precio con justicia de ser amigo leal.
Juan Ya lo sé. Mas no perdamos el tiempo.
Nic. ¿Qué?
Juan (Llamando aparte.) Ven acá. ¿Ves aquella habitación?
Nic. ¿La tuya?
Juan Sí. ¿Quién dirás que se halla dentro?
Nic. No sé...
Juan Una mujer. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!
¡Qué torpe!
Nic. ¿Y Juana?
Juan Lo ignora.
Nic. No te creyera capaz...
Juan ¿De qué?
Nic. De meterte en líos de esa clase.
Juan ¿Pero has pensado?.. Es gracioso el lance.
Nic. Acábate de explicar.
Juan ¿A cuántos estamos hoy?
Nic. A veinticuatro.
Juan Cabal, á veinticuatro. ¿Y qué santo es hoy?
Nic. El tuyo: San Juan.
Juan ¿Cómo se llama mi esposa?
Nic. Juana. ¿Pero acabarás de hablar claro?...
Juan Pues queriendo sorprender á mi mitad con un regalo, encargué á la mujer que ahí está, que es modista...
Nic. Ya comprendo.
Juan Un vestido, y al llegar hoy con él, sentí ruido, vi descubierto mi plan, y le supliqué que entrase en mi habitación...
Nic. ¿Y vas á tenerla ahí todo el día?
Juan No, que voy á aprovechar la ocasión.

Nic. Pues anda.
Juan Escóndete mientras sa'e. Avisarás si mi mujer...
Nic. Anda pronto.
Juan ¡Tomasal! ¡Tomasal!...
Nic. (Al ir á entrar en la habitación de Juanita, ve á Cándido.) ¡Ah! (¿Qué es esto?)
Juan (¡Mi esposa! Adentro.)
Nic. ¿No sale?
Juan Pero...
Nic. Que estás perdiendo el tiempo.
Juan Creía...
Nic. ¡Tomasal!
Juan (Tu mujer, Juan.)
Nic. (¿Qué á tiempo!)

ESCENA XIV

DICHOS. JUANA

Jna. Dentro de poco á la mesa. (No parece que han descubierto...)
Nic. ¿Y Juanita?
Jna. En el comedor.
Juan (¡Qué suerte!)
Nic. Es una chica muy guapa.
Jna. Es favor.
Nic. Lo que merece.
Jna. ¡Si supiera usted los ratos que me da! No sé qué tiene metido en esa cabeza de chorlito. Muchas veces me desespera su genio. ¿Creerá usted, D. Nicomedes, que con sus dieciocho años no encuentra ningún pelele que la diga cuatro cosas bien dichas?
Juan Estas mujeres cuando dan en apurarse, se ponen impertinentes. Siempre con el mismo tema.
Jna. Y tú murmurando siempre.
Juan ¿Acaso es tonta la niña?
Jna. ¿Es un coco? No parece si no que se acaba el mundo porque nadie la pretende; que esterba en casa; que es fuerza; casarla antes de los veinte, y que no hay chicas solteras en el siglo diecinueve.
Nic. Salvo mejor parecer, opino que no es prudente apretar mucho á una joven...
Juan Yo también.
Jna. Y yo; mas éste no da importancia á sus cosas, deja que la bola ruede, no ve que pasan los años por la niña, y francamente, á su edad se casan muchas.
Juan Que más tarde se arrepienten. Desengáñate, mujer; Juana tiene lo que debe; genio corto, gran modestia, poco afecto á los imberbes, miedo á paseos, y horror á flores de mequetrefes; condiciones tan honestas harán que la chica medre, porque ya sabes que el buen paño en el arca se vende,

EL MOTIN



Voluntario de infantería.



Voluntario de caballería.



Despache, hermana, que me aguarda la partida.



Por predicar la religión á balazos.

Dibujos de cajas de cerillas en moda durante la última guerra civil

Ayuntamiento de Madrid

que en la calle hay muchos novios de farándula, y se puede afirmar que de los ciento son tontos noventa y nueve.
(A Nicomedes.)

¿No opinas como yo opinó?
(Inventa tú algo.)

Jna. Corriente, cada loco con su tema.

Nic. Dejemos el tema este, pues todo se arreglará.

Juan Hablas como un libro. (Advierte que se pasa el tiempo, y que la moza del gabinete...)

Jna. ¿Secretitos?

Juan No merece ese nombre lo que hablamos.

Jna. ¿Qué es ello?

Juan Que no se atreve á decirte... no sé qué... porque en ocasiones suele... (Di algo.)

Jna. ¿No hay confianza?

Juan Vamos, habla.

Nic. El caso es este.

(¿Qué digo? No se me ocurre...)

Juan (Me estás poniendo en un brete.)

Nic. (¿Yo á tí? Es gracioso.) Mi hijo se empeña en ser un Apeles, y no hay remedio, hay que darle por el palo.

Juan Debe hacerse

Nic. Dibuja bastante bien, pinta alguna cosa al temple, y en los trabajos al óleo progresa rápidamente. Su aplicación es constante y su afición es tan fuerte, que si algún cuadro le gusta, no para hasta que la emprende con él, y copia un detalle, ó todo, si á mano viene. Ahora bien; como él conoce *El milagro de los Peces* aquel célebre cuadrito obra de un artista célebre, que ustedes aprecian tanto, y como copiarle quiere, yo, sin ningún compromiso, y sin...

Juan ¿Estás en tus trece? Llévatelo cuanno quieras; ahora mismo.

Jna. Simple eres.

Nic. ¿No hay criados en la casa?

Jna. Gracias.

Jna. Haré que lo lleven

Nic. esta tarde. (¡Pobre sastre!)

Jna. ¿Y no podríamos verle?

Nic. También soy aficionado,

Juan y es tan bueno el cuadro...

Jna. ¿Tienes

Nic. más que entrar á verlo? Anda, enséñaselo. (Entretente.)

Jna. Pero... (¿Y si lo ve?) Decía

Nic. que porque no se molesté,

Juan iré yo por él.

Nic. Señora...

Jna. (Insiste.) ¿Que no consientes

Nic. que vaya por él? Bien hecho,

Jna. tienes razón. No parece

Nic. sino que es algún extraño.

Jna. Anda.

Jna. (Usted me compromete

con su afición. Ese lienzo está en ese cuarto, y ese cuarto se encuentra ocupado por un hombre, y no conviene que mi marido lo sepa: es portador de un presente conque trato de obsequiarle, y si lo ve...)

Nic. (Se comprende, no hay sorpresa.)

Jna. (Cabalito.)

Juan (¡Cómo la engatusa el nene!)

Jna. (Saque usted de casa á Juan.)

Nic. Señora, usted me dispense, tengo que poner un parte de contestación urgente, y en cinco minutos...

Jna. Bueno, Vaya usted pronto á ponerle, y á casa en seguida.

Juan Pero...

Jna. Juan, acompáñale, y vuelve con él, que el almuerzo espera.

Juan Pero...

Nic. Punto en boca y vente.

(Ya está arreglado el asunto. Sal, y en la escalera espérame.)

ESCENA XV

JUANA.—NICOMEDES

Jna. Ha sido buena ocurrencia.

Nic. Leruego á usted que aproveche los momentos, por si acaso acompañarme no quiere.

Jna. ¿Por qué?

Nic. Porque... mas no debo descubrir...

Jna. Don Nicomedes, hable usted.

Nic. Si por mi causa se incomodaran ustedes, yo... la verdad... sentiría...

Jna. Su turbación me sorprende. Hable usted.

Nic. El es mi amigo, pero si usted me promete no decir que yo...

Jna. Lo juro.

Nic. Asímesse usted, no entre

Jna. de pronto, y escuche algo.

Jna. Allá voy.

ESCENA XVI

NICOMEDES. A poco JUANA

Estos peleles me revientan con sus cosas; siempre andan con pequeñeces, armando cada misterio que encocora. Lo que es este yo lo aclararé de modo que no vuelvan á meterse en mas líos. ¿Y el mocito que está en ese gabinete? Tal vez la niña...

Jna. Está abajo,

Nic. en el portal ¿Qué sucede?

Jna. Que Juan... Yo no debería...

Nic. ¡Por Dios!

Nic. Que en este bufete

Jna. guarda Juan una mujer.

Jna. ¡Mi marido! ¡Juan!... ¡Detente!

Nic. Señora, usted me ha ofrecido

Jna. no decir que yo... ¡Meterme

una mujer por los ojos! Sin los suyos ha de verse.

Nic. Señora, yo me retiro.
(Se va animando el sainete.)

ESCENA XVII

JUANA, después JUANITO

Jna. ¿Quién lo había de creer?

¡Una mujer encerrada

sin saberlo yo! Juanito,

¿eres tú el Juanito Lanas?

¡Qué razón tiene el refrán!

librate del agua mansa.

¿Pero no escondo yo un hombre?

¿Acaso es menor mi falta?

No hay comparación. Yo escondo

un sastre con una bata.

y él esconde una mujer

y ¡sabe Dios de qué casta!

¡Ah maridos bonachones

con aire de papanatas!

Si ya no hay hombres honrados...

Si el mejor mete la pata...

(Dirigiéndose al gabinete donde está

Tomasa.)

¡No; el sastre, primero el sastre!

(Se asoma al cuarto donde está.)

Jta. (Entrando.) ¡Mamá! Ya estoy arre-

glada.

¡Hola! Me alegro. No hay nadie.

Voy á sacar de la jaula

al pájaro prisionero.

¡Joven! (Y es guapo.)

Cánd. (Dentro.) ¿Quién llama?

Jta. Soy yo, salga usted aprisa

(Abre la puerta y coge á Cándido de

la mano, á tiempo que Juana hace lo

mismo con el sastre. Al verse las dos,

cierran repentinamente las puertas,

dejándolos dentro.)

(¡Mi mamá!)

Jna. (¡Chica endiablada!)

¿Qué haces ahí?

Jta. Lo que usted.

Jna. ¿Qué?

Jta. Espero á papá.

Jna. Está en casa;

búscale, y dile que es hora

de comer, que tengo ganas...

(de retorcerle el pescuezo.)

Jta. ¡Mamá, si ha salido!

Jna. Calla,

y obedece.

Jta. Si hace poco

lo vi desde la ventana;

iba con don Nicomedes

riéndose á carcajadas

Jna. ¡A carcajadas! (¡Ah pilló!)

Jta. Sería cosa de gracia

lo que decían.

Jna. ¡De mucha,

¡Si tu padre es una alhaja!...

Jta. Yo los seguí con la vista,

y noté que se paraban

gesticulando los dos,

y que á las pocas palabras

papá se puso muy serio,

se le avinagró la cara,

y con ojos irritados

miró hacia aquí.

Jna. Total, nada.

¡Y el almuerzo que está á punto!...

¡Jesús! No tengo cachaza

para esperar por más tiempo.

¡Si soy lo más desgraciada!...

¡Al cabo de los cuarenta!...

Jta. Pero, mamá, ¿qué te pasa?
Te incomodas por muy poco.
Jna. (Gritando.)
¡Yo no estoy incomodada!
¿Yo no me alboroto nunca?
¿Lo entiende usted, charlatana?
Váyase á su cuarto, y mire
si viene papá. (Sale Juanita.)
¡Qué rabia!
Acabemos de una vez!
¿Como que no me las paga!...
¡Qué día tan perro, qué día!
(Entra donde está el sastre.)

ESCENA XVIII

Juan, luego JUANITA, después JUANA,
por último NICOMEDES

Juan ¡Nadie! Estará la taimada
asesinando mi honra.
¿Y por dónde? Por la espalda.
¡Juana! ¡Juana!... ¿Eres tú aquella,
dominante, pero honrada?
Qué razón tiene el refrán:
la que no cae, resbala.
¿Mas no escondo una mujer?
¿Acaso es menor mi falta?
No es comparación. Yo escondo
una modista, y ¡ay! Juana
esconde un hombre; y un hombre
es hombre siempre. ¡Qué ingrata!
¡Si ya no hay mujeres buenas!...
¡Si la mejor es muy mala!...
(Dirigiéndose al cuarto del sastre.)
Que salga ese miserable
ahora mismo de mi casa.
(Reflexionando.)
No, primero la modista.
(Entra en el cuarto de la modista.)
Jta. ¡Mamá! ¿Aún estás enojada?
¡Hola! No hay nadie. Me alegro.
Voy á sacar de la jaula
al pájaro prisionero.
¡Joven! ¡Joven!...
Cánd. ¿Quién me llama?
Jta. Soy yo. Salga usted ahora.
(Cuando cada uno de los tres va á
sacar al que tiene encerrado, aparece
de Nicomedes por el foro.)
Nic. (Llego al pedir la palmada.)
Jna. ¡Eh!
Juan. ¡Ella!
Jta. ¡Ellos!
Nic. ¡Nosotros!
(A Juanita.) (Cuidado)
(A Juan.) (Prudencial)
(A Juana.) (¡Calma!)
Jna. (Aleje usted de aquí á Juan.)
Juan. (Procura alejar á Juana.)
Jta. (Aleje usted á los dos.)
Nic. ¿No se almuerza en esta casa?
Juan. ¡Al comedor! (Si pudiera
quedarme el último...)
Jna. (A Juanita.) Anda
¿en qué piensas? (Si lograra
quedarme la última...)
Jta. Vayan
ustedes delante (Quiero
quedarme atrás.)
Nic. ¿Qué? ¿No hay ganas?
Jna. Sí, señor.
Juan. Sí.
Nic. Pues andando,
que ya de las doce pasa.
(Se dirige al comedor.)

ESCENA XIX

CÁNDIDO, después, JUAN, JUANA, TOMAS,
TOMASA.

Cánd. (Asomándose.)
No hay nadie. ¡Si yo pudiese
dar con la puerta de entrada!...
¡Atrás!
Juan. (Foro.) El buen Nicomedes
queda entreteniendo á Juana.
Los instantes son preciosos.
Adentro. ¡Perjura falsa!
Ya verás. (Entra en su gabinete.)
Jna. (Foro.) Bajo el pretexto
de vigilar la criada
me he escabullido. ¡Tunante!
Adentro. ¡Hipócrita! ¡Sátrapas!
Ya verás.
(Entra en el gabinete, y al salir con
el sastre ve á Juan con la modista.)
Juan. ¡Ah!
Jna. ¡Esa mujer!...
Juan. ¡Ese hombre!...
Tsa. ¡Tomás!...
Tmás. ¡Tomasita!...
Jna. ¡Vill!
Juan. ¡Infel!
Tmás. ¡Infame!
Tsa. ¡Pillol!
Jna. ¡No sea usted deslenguada!
Juan. ¿Y aún le defiendes, perversa?
Tsa. ¿Qué hacías ahí dentro, tunarra?
Tmás. ¿Y tú?
Juan. ¿Quién es ese hombre?
Jna. ¿Y esa mujer, quien es? Habla.
Juan. ¿Y ese hombre, quién es? Contesta:
(Gritando.)
¿á qué ha venido á ésta casa?

ESCENA XX

Jta. (Asustada y sin fijarse en lo que la
rodea.)
¡Perdón, papás! Ese joven
es mi novio.
Tsa. ¡Desgraciada
de mí!
Jna. ¡Seductor infame!
Juan. ¡Su novio! ¡Esto me faltaba!
Tsa. ¿Lo estás viendo, libertino?
Tom. Mujer, escúchame.
(Hablan aparte Tomás y Tomasa.)
Cánd. (Saliendo furioso.) ¡Falsa!
¿Con que tenía usted otro?
Jta. ¡Ay Dios!
Jna. ¿Qué es esto?
Juan. ¡Villana!
Vas á morir á mis manos.
Jta. ¡Perdón!
Juan. ¡Silencio!
Nic. (Saliendo.) ¿Qué pasa?
Juan. ¡Ay, amigo de mi vida!
Jna. ¡Ay, amigo de mi alma!
Juan. ¡En un día como éste
y jugarme esta trastada!
Jna. ¡En el día de mi santo
faltarme en mi misma casa!
¡Y Juanita con dos novios!...
Juan. ¡Ver que las dos mi honra ultrajan!
Jna. ¡Yo me muero, de seguro!
Juan. ¡A su edad!
Nic. Si no me engaña
la vista, este chico es Cándido
Montenegro. Buena alhaja,
¿qué haaces aquí? Soy amigo
de su padre. Vamos, habla.
Cánd. Interceda usted por mí.

Amo á Juanita. La amaba;
y á fin de no hacer el oso
con paseos y miradas,
entré hoy aquí, me expliqué,
me animó con sus palabras,
oímos pasos afuera,
temimos una borrasca,
y por evitar el daño
me encerré.

Nic. ¿Nada más?
Cánd. Nada.
Hasta que no hubiera riesgo
estar ahí dentro pensaba;
pero al saber que esa pérdida
tiene otro novio en campaña,
no pude aguantar los celos
y...
Nic. Basta, Cándido, basta.
Todo ha sido un *quid pro quo*:
que verás cómo se aclara.
(A Juan.)
Tú has encargado un vestido
(A Juana.)
y usted ha encargado una bata
y por darse una sorpresa
que no hacía ninguna falta,
han andado con tapujos
que han promovido esta zambra.
Tmás. ¿Lo ves, Tomasa?
Tmsa. Lo veo,
Tomasito,
Nic. La muchacha,
que por cierto no es tan tímida
como ustedes la pintaban,
ha hecho que su novio entrase
á decirle que la ama.
Jta. Eso ha pasado.
Nic. Y el novio,
que es hijo de un camarada
mío, persona decente,
aspira á la mano blanca
de Juanita, ¿es eso?

Cánd. Eso;
y cuanto antes.
Jta. ¡Me encantas!
Jna. Juan, tu perdón y un abrazo.
Juan. Tu perdón y veinte, Juana.
Jna. Al comedor.
Juan. ¡Todos, todos!
La cosa ha tenido gracia.
(A Tomasa y Tomás.)
¿Ustedes son novios?
Tmás. Sí.
Juan. ¿Qué casualidad tan rara!
¡He pasado un rato!
Jna. ¡Y yo!
Nic. ¡Y todos!
(A Juan.) Por fin se casa
la niña. La que parece
más sosita... Lo que falta
es que ustedes se acostumbren
á no prestarle importancia
á pequeñeces. Hay muchas
personas muy desgraciadas
sólo por eso.
Juan. A la mesa,
que allí te daré palabra
de enmendarme.

AL PUBLICO

Esto ha tenido
agradable solución.
Espero tu aprobación
si has quedado complacido.

TELON

Cine clerical

Carne sagrada

—¿Se ha enterado usted de lo del convento de San Martí?

—Hija, vivo como los niños del Limbo: siempre metida en este tabuco, no sé lo que pasa en el mundo.

—Pues que el jueves salieron dos monjas.

—¿Qué dice usted? ¡Ave María!

—No, no se escandalice: fué con permiso del obispo y para tomar baños. Hija, son de carne como nosotras, y no se van a dejar morir como perros, porque sean monjas.

—Es claro; pero podían tomar los baños dentro del convento.

—No es lo mismo. Han de ser de agua de mar, y al aire libre de la playa.

—¿Y fueron solas?

—Iba con ellas el segundo capellán: aquel morenazo que fué sargento en Africa.

—¡Hum! En buenas manos ha puesto el obispo a las monjas. ¿Y son jóvenes?

—Sor U su'a, y sor E comienda: una gaditana y una extremeña.

—¿Y qué tienen?

—Pa lecen del estómago: se conoce que la bazofia del convento no les sienta bien.

—No, tan baz-fí, no, que buenas cestas mete todos los días la demandadera, y de lo mejor de la plaza... Se conoce que estas dos monjitas tenían ganas de pindongueo y... ¿Iban con el hábito?

—No señora, hubieran llamado la atención: iban vestidas de *seglaras*; y por cierto que les caía bien la ropa.

—¿Y el capellán?

—Hija, con su traje: no faltaría más.

—De seguro que se lo ha quitado en la primera estación. Le conozco bien; es un tío muy largo. Merudo verano se van a pasar los tres.

—Ellas son muy alegres.

—¿Llevan mucho dinero?

—La marquesa del Pozo les ha dado tres mil pesetas para los gastos; la comunidad no hubiera podido hacer este despilfarro.

—Ya sabremos algo bueno de este viaje de baños monjil: ya verá usted. A ver si pasa como el año pasado con aquellas dos franciscanas que las tuvo que traer al convento la Guardia civil.

—¿Porque no tenían para la vuel a?

—Porque no querían volver; se les metió en la mollera irse a Melilla a poner una cántina con un camarero del balneario...

—¡Jesú! Tiene cada golpe la carne sagrada, que me río yo...

FRAY GERUNDIO

Un cura de un pueblo

I

—¡Mozo! ¡Tiburcio! Tráeme café y la copa de ron. Dile a Juanillo que prepare el tinglado, y que lleve en lugar de dos barras, cuatro.

—Buenas noches, páter. ¿Usted gusta tomar algo?

—Ya me anticipé.

—¿Quiere usted que si talla esta noche lleve parte?

—Lo siento, porque voy a ver si puedo reintegrarme de la pérdida de anoche, que fueron siete mil reales, mi querido notario.

—¿Quién fué el ganancioso?

—No lo sé, pero todo el mundo cargó.

II

—¡Caballeros, a la sala de juego! El padre cura talla cuatro mil reales. ¿Hay quien talle más? Todo Dios calla.

El padre de almas tomó la presidencia, descartando los brevariarios de enarenta hojas, y dijo:

—Caballeros, ¿quién corta?—largando sobre la mesa un cinco y un rey.

—Cada prójimo del cóncilave se descolgó con lo que quiso y pudo. El bueno del cura, con voz de sochantre, exclamó:

—¡Juego!—Ga lo. Sota y seis.

Los que le rodeaban hicieron varias posturas.

—¡Juego!—añadió el banquero volviendo la baraja.—El tres en puerta.

El boticario.—¿Se puede jugar?

—Juegue usted, señor boticario.

—Copo al cinco.

—Sirvase usted poner el dinero en el naipe, como yo puse sobre el tapete los cuatro mil reales.

—Bien dicho, páter; ahí van seis mil reales.

El padre cura, algo conmovido, repite la voz de juego! y tira y tira.

Una voz atiplada.—Esa pesetilla al rey.

—Es... tuviera tú y el crucificado—dijo el reverendo al tiempo de ver un cinco.

Todos los concurrentes hicieron una exclamación de alegría. El páter largaba sapos y culebras por aquella boca de Dios.

—¡Moz! una copa de ron.

—¿Qué llama?

—Sa anás!

—En seguida será servido.

Tomó otra baraja y principió a barajar.

—¿Quién corta?

—Yo—dijo el notario.

—¡Juego! tres y cuatro.

—Páter, ¿qué hay de banca?

—Para usted, lo que quera.

—Lo que usted pone es lo que quiero saber.

—Dos mil reales.

El boticario se levantó entonces, después de haber contado su ganancia, que eran cuatro mil seiscientos, se instaló en el salón del café con varios acompañantes, llamó al mozo y le dijo que trajera botellas de vinos y licores, las que se consumieron con otras más.

III

En la sala del tapete verde quedaron todos los catos con sus martingalas y demás jugarretas de camama, sacándole poco a poco al clérigo los bautizos y entierros.

El padre renegaba hasta del gallo de la pasión. Como se encontraba, cuando al darle su... scribo un recado a la oreja, exclamó:

—Así se muriera hasta el Kirie leisión.

—Lárgate de aquí!

Conforme iba perdiendo, iba acentuando su lenguaje; y Y qué no diría para que todos se asombraran y le dejaran solo! Es verdad que había perdido seis mil reales que llevó aquella noche para tirar de la oreja a Jorge.

Salió del casino largando blasfemias y respuestas.

IV

Llegó al hogar patriarcal, donde el ama y los sobrinos le esperaban con impaciencia.

por saber el resultado de los albures del casino.

Cerró con todo lo que encontraba por delante (parecía un Miura) a trompadas, cachetes, puñetazos y coes, diciendo a toda su prole que se fuera de su casa.

El escándalo fué mayúsculo, y tuvo que intervenir la justicia para poner paz y sosiego en aquella mansión sagrada.—C. F.

CONTRASTES

¡Qué hermosa, qué equitativa y qué consoladora fué la invención del Santo Tribunal de la Penitencia!

Llega un ladrón al confesonario, se arrodilla, confiesa arrepentido sus robos, hace propósito de enmienda, y el sacerdote lo perdona y bendice en nombre de Dios, poniéndole así en condiciones de ingresar en el Cielo por toda la eternidad.

Entra un bautizado en la iglesia de San Ginés, y por estímulos del vicio ó por consejos del hambre se aproxima a un cepillo de esos que tanto abundan en todas para que los fieles echen en ellos las monedas que gusten, aunque se las hayan agenciado faltando al séptimo mandamiento.

Una vez cerca del traga-perras sagrado, procura, por no sé qué procedimiento, apoderarse de su contenido; se entera el párroco de su intento, lo sorprende y le increpa y después lo entrega a los guardias de Orden público, para que lo lleven a la Comisaría ó al Juzgado, y se retira tranquilamente, creyendo haber cumplido un deber ineludible, sin advertir el contraste que ofrece el perdonar en el bendecido artefacto llamado confesonario a los ladrones, y el poner como chupa de dómine al que trata de hacer méritos para que lo perdonen mañana.

Y ahora una duda.

Si al ratero se le ocurre, convencido ó aterrorizado por los apóstrofes del ministro del Dios de la Bondad y la Misericordia, arrodillarse ante el párroco y pedirle con ansias vivas que se enchequere en el confesonario, pues desea confesar su pecado, hacer propósito de la enmienda y cumplir la penitencia que se le imponga para quedar limpio de polvo y paja ¿qué hace en este caso el párroco? ¿Lo rechaza? ¿Lo desoye? ¿Deja que aquella infeliz alma se pierda por no sofocar él en la suya los impulsos de la Ira (pecado capital, si no estoy mal informado), ó, padre amante y cariñoso, accede a la demanda que con lágrimas en los ojos le hace? Y si accede, y lo escucha en confesión, y ve que es sincera, y lo absuelve y lo bendice, ¿en nombre de qué precepto divino lo entrega después a la Poli para que lo conduzca a la Comi?

¡Oh vosotros, teólogos eminentes que encontráis siempre solución a estos embrollos, dignaos sacarme por caridad de esta duda.

De lo contrario tened por seguro que me quedará lo mismo que estoy.

FABULILLA

Un gusano roía un grano de centeno; viéronlo las hormigas: ¡qué gritos! ¡Qué aspavientos! Aquí fué Troya (dicen), muere, pícaro perro. Y ellas, ¿qué hacían? Nada; robar todo el granero.

SAMANIEGO

IMP. "LA ITALICA", RDE, 12 MADRID